

Mellén, Isabel, *El sexo en tiempos del Románico*, Crítica, Barcelona, 2024.

José Manuel Ortega Jiménez

Isabel Mellén nos introduce en un sublime y necesario estudio sobre la sexualidad en tiempos del románico. A través del contexto histórico de la época y del análisis de las imágenes existentes en numerosas iglesias, la autora elimina los mitos en torno a las relaciones afectivas en el Medievo, mostrándonos una sexualidad dispar y flexible. Su título atrayente y su cuidada edición esconden un importante trabajo de investigación sobre la sociedad de los siglos XI y XII que permitirá al lector redescubrir un mensaje distinto al que la historiografía actual nos ha presentado, el cual ha estado condicionado por diversos convencionalismos sociales.

El libro se divide en cuatro capítulos que exploran las numerosas formas de concebir el sexo entre los distintos segmentos de la sociedad, y cuyo hilo conductor es desechar la idea de ver estas imágenes como una representación del pecado. Un concepto, este último, inexistente en la mentalidad de los comitentes y en la concepción original de estas obras de arte. Para comprender los distintos aspectos que se desarrollan a lo largo del estudio, la autora elabora una interesante introducción en la que nos presenta la complejidad del trabajo y nos enseña a leer las imágenes alejados de la concepción actual, influida por la moral religiosa del siglo XX y la mirada heterosexual masculina de la historiografía, es decir, por el tabú y el deseo.

El primer capítulo «El sexo es deseo», nos ofrece una perspectiva general de la concepción del sexo y lo erótico en el románico. Las interpretaciones actuales de la mayoría de estas imágenes carecen del sentido que tenían en origen, conllevando a distorsiones que cambia su significado. Así, lo que en nuestra sociedad actual puede tener connotaciones eróticas, por ejemplo, los pechos femeninos, en este momento carecían de ello, pues se relacionaban con la nutrición y la crianza. Otras representaciones como la Venus «clásicas», presentes en numerosas portadas de

iglesias románicas como la de San Esteban de Franco de Álava, promovían el matrimonio y, por ende, la fertilidad y el sexo, acto, este último, indispensable para la procreación. Como bien señala la autora, es probable que «la exhibición de los genitales, cuerpos desnudos o encuentros sexuales explícitos» sea una reflejo de la idea que tenía el estamento nobiliario acerca de la reproducción. No obstante, no podemos caer en el error de pensar que las relaciones sexuales tenían como fin, únicamente, la descendencia. En este sentido cabe destacar la representación de dos hombres besándose en la iglesia de Santa María de Piasca de Cantabria. A pesar de los intentos identificar a uno de ellos como una mujer por parte de la historiografía, lo cierto es que, como bien argumenta Isabel Mellén, el modo en el que se representan no deja lugar a duda de que estamos ante dos hombres, probablemente nobles. Esta última representación es un reflejo de las distintas maneras de vivir la sexualidad en el románico, algo que se aprecia también en el desarrollo de la literatura homoerótica durante los siglos XI y XII.

Románico obsceno o erótico son dos de los términos comúnmente utilizados para referirse a estas escenas. Este hecho denota un alejamiento del verdadero significado que se nos quería transmitir, ya que si hacemos referencia a lo obsceno, aceptamos el mensaje moralista y condenatorio del sexo que se ha impuesto en nuestra sociedad a partir del siglo XIX. Por su parte, hablar de erotismo es impregnar a las imágenes de una visión lujuriosa de la que carecían. Así, en el segundo capítulo «El sexo es poder», Isabel Mellén aborda el que para ella es un pilar fundamental, aunque no el único, a la hora de comentar este tipo de escenas: las relaciones sexuales con fines reproductivos como único modo de supervivencia de un linaje. Una afirmación acertada si tenemos en cuenta la abundancia de estas escenas en las iglesias privadas de los nobles de los siglos XI y XII. Las relaciones sentimentales y el sexo forman parte indispensable de su vida cotidiana, de ahí que encontremos relieves en capiteles u otros lugares que representan citas (Colegiata de Santillana del Mar en Cantabria), posturas sexuales (Iglesia de Santiago el Viejo en Zamora) o partos (Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Alaiza en Álava). Los alumbramientos eran necesarios para la descendencia pero en estos momentos suponían un peligro para la mujer, tal y como se refleja en el título del capítulo tres «El sexo es vida...y muerte»

En él se desarrolla el tema de la fertilidad y la reproducción en el románico, lo que permite a Isabel Mellén ofrecer numerosos datos sobre las creencias y los gustos sexuales de la nobleza, siempre con fines reproductivos, además de tratar sobre figuras como las parteras o las matronas. Una fecundación que debía ser exitosa y que se lograba a través de ciertas posturas sexuales y de algunos trucos que las nobles hacían después de las relaciones como levantar las piernas para favorecer la concepción. Esto explicaría la multitud de representaciones de mujeres con las piernas elevadas enseñando la vulva, entre las que destaca la de la Colegiata de San Pedro de Cervatos en Cantabria. Imágenes, estas últimas, que se completaban con representaciones masculinas donde predominan los falos erectos o los exhibicionistas.

A mediados del siglo XI, emergió un sector de la iglesia más rigorista, encarnado por la Orden de Cluny. Se comenzó a concebir el sexo como algo sucio, induciendo a la aristocracia a variar sus costumbres sexuales. El cuarto y último capítulo «El sexo es pecado» aborda este cambio de mentalidad y sus consecuencias en la iconografía de las imágenes. Escenas del Pecado Original, mujeres estirándose los pechos con cara de horror, o demonios acompañando a parejas desnudas

predominarán en los capiteles de las iglesias. Este sector más radical veía necesario acabar con la gestión privada de los templos por parte de la nobleza, ya que era allí donde se concentraban estas imágenes que incitaban a la lujuria. Sin embargo, era más peligroso el pecado dentro del seno de la iglesia que estaba encarnado por el matrimonio clerical, permitido en ese momento, o el amancebamiento de los sacerdotes (nicolaísmo). Escenas como la tentación de san Benito o la tentación de José, ambas en la iglesia de la Magdalena de Vézelay, mandarían un mensaje de rectitud a los clérigos y a los monjes, los cuales debían mantenerse alejados del pecado que suponían las mujeres. Si bien una parte del seno de la Iglesia estaba dando visos de querer cambiar, lo cierto es que estas actitudes se mantuvieron durante varios siglos más.

En definitiva, Isabel Mellén capta la atención del lector desde las primeras páginas de su estudio. Un trabajo sobresaliente que muestra una profunda y cuidada investigación, empleando un lenguaje riguroso y ameno que permite sumergirte en los siglos del románico y descubrir los múltiples significados de unas imágenes que hasta ahora se han leído desde un punto de vista muy distinto del que fueron concebidas.